

GEAI¹ llevaba muerta dos mil trescientos cuarenta y dos días cuando comenzó a sonreír.

En un principio, no había nadie para ver esa sonrisa. ¿Qué pasa con las cosas que nadie ve? Crecen. Todo lo que crece lo hace en lo invisible y adquiere, con el tiempo, más y más fuerza, más y más espacio.

Pues la sonrisa de Geai, ahogada desde hacía dos mil trescientos cuarenta y dos días en el lago de Saint-Sixte, en Isère,² empezaba a irradiar cada vez más y más luz.

Geai a veces ascendía a la superficie, a veces descendía al fondo del lago. Después de dos mil trescientos cuarenta y dos días. Intacta. Indemne. Ningún rastro de cansancio en su rostro, en su carne. Ninguna mancha en su ropa. Un vestido de algodón rojo, el color preferido de Geai durante el tiempo en el que iba al colegio en el pueblo de Saint-Sixte.

¹ «Geai»: nombre común de un pájaro de la familia de los córvidos, de pequeño tamaño, su nombre científico es *Garrulus gandaricus*. Nombre común en castellano: «Arrendajo». Cita extraída de www.seo.org. (N. de la T.)

² Isère es un departamento en el centro-este de Francia, cuya ciudad más importante es Grenoble. (N. de la T.)

El lago de Saint-Sixte es muy sombrío, incluso en verano. El lago de Saint-Sixte no conoce la inocencia de los veranos. Es un agua que retiene su luz, un agua verde y sobre todo negra, que atrapa la luz. El cielo cae rodando en azul dentro del lago, se vuelve verde y acaba en negro. Hay varias clases de negro en el negro. Las aguas de Saint-Sixte son de un negro malva, tempestuoso, un negro como el de los ojos de los envidiosos. Este negro está aquí desde que hay agua en Saint-Sixte. Y la sonrisa de Geai comienza secretamente a erosionarlo, a diluirlo, a disolverlo, y la sonrisa de Geai hace aflorar a la superficie del lago de Saint-Sixte todo el azul del cielo que se había hundido dentro. Es un país de montañas. En un país de montañas, el azul tiene una franqueza absoluta, una nitidez blanca. Ese azul, cómo decirlo: quema y limpia.

Estamos en invierno. Geai está atrapada bajo los hielos, a dos centímetros de la superficie. Imposible decir desde hace cuánto tiempo su sonrisa lava las aguas negras de Saint-Sixte. No se puede empezar a decir algo del poder de esa sonrisa hasta la llegada de Albain, ocho años, demasiado joven para haber recibido la enseñanza de Geai, para haberla conocido con vida. Pero bueno, la conoce ahora en su sonrisa: Albain está solo, caminando hacia la mitad del lago y ha visto el vestido rojo, el rostro de Geai y la sonrisa en el rostro. Geai ha pestañado cuando lo ha visto. Geai se alegró siempre por la aparición de los niños. Albain ha tenido miedo. Lo que nos da miedo es lo que no conocemos. Albain ya había visto a los muertos. Pero esa sonrisa, tanta dulzura iluminando un rostro, es la primera vez. Esa sonrisa ha asustado a Albain, la recuerda corriendo hacia la orilla, a riesgo de hacer ceder la corteza de hielo. No ha cedido, la corteza sólo se ha agrietado un poco, es todo, y Albain está ahora solo con sus ocho años al borde del lago Saint-Sixte. Su corazón salta en su pecho

como una ardilla loca. Su corazón golpea su pe-cho como un pájaro carpintero. Su corazón galopa en su pecho como un potro. Su corazón lentamente se calma. Su corazón ahora ya no tiene miedo, su corazón le envía pequeños chorritos de sangre a las extremidades de sus manos y de sus pies, su corazón lo vuelve a poner en movimiento, lo hace ir de nuevo, a cuatro patas ahora, hasta el centro del lago de Saint-Sixte. Geai está aún allí. Aún más sonriente. Por fin una presencia. No es que ella echara de menos compañía, después de dos mil trescientos cuarenta y dos días. Tenía los peces del fondo y los pájaros del fondo. Pero bueno, un niño era mejor que un pez o que un pájaro.

Geai está acostada bajo una sábana de dos centímetros de hielo, lo que no impide verla: su sonrisa libera al hielo de su oscuridad, su sonrisa libera al mundo entero de su oscuridad. Albain está acostado sobre Geai, o más exactamente sobre el hielo bajo el cual Geai sonrío. Se miran. Largo tiempo. Rostro contra rostro. La sonrisa de Albain responde a la sonrisa de Geai. Las dos sonrisas conversan. Mucho, mucho tiempo.

Llega la noche. Ya no se distingue el hielo del lago ni la tierra de la orilla. Albain sonrío una última vez a Geai. Vuelvo a verte mañana. Geai asiente con un parpadeo y ampliando su sonrisa. Albain, a cuatro patas, vuelve a tierra firme. Camina por el campo una media hora, empuja la puerta de la casa familiar. Le preguntan dónde ha estado. He estado con la dama de Saint-Sixte. ¿Qué dama de Saint-Sixte? Esa que sonrío al fondo del lago, es amable, hemos hablado mucho, en fin quiero decir: nos hemos sonreído mucho. Y paf: Albain recibe una bofetada. Es el padre el que ha hablado. Hablar, para el padre, es callarse durante siglos y, de tarde en

tarde, salir de su reserva para distribuir bofetadas equitativamente a los tres niños de la casa, una para cada uno, y poco importa «quién ha empezado». Si el padre de Albain hiciera frases, diría que la infancia es una cosa extraña, a la vez adorable y extenuante, un tesoro y un caos. Pero no hace frases, da bofetadas, he aquí otra y a la cama, hijo mío, sin comer, eso te enseñará a no andar por ahí, en vez de hacer tus deberes y volver de noche contando cualquier cosa.

Pasa una hora. Las lágrimas salan las mejillas de Albain. El dolor es una sopa salada. Deja el estómago bien vacío. Eso no tiene importancia. Pasan dos horas. Albain, ocho años, duerme con un sueño profundo. Profundo y sonriente.